

TIERRA DE BANDAS

Seguramente muchos de nosotros vimos por televisión el escalofriante documental titulado "La Sierra" que muestra la vida inverosímil de nuestros conciudadanos en las comunas de Medellín. Coincidentalmente, por los mismos días estaba leyendo un libro del famoso físico Carl Sagan, en el cual encontré el siguiente relato. Espero que la transcripción sea fiel y que al final el lector sea capaz de reconocer a quiénes se refiere. El aparte del capítulo se llama TIERRA DE BANDAS.

Relato de ella.

Al jefe todos lo respetan: cuando pasa, la gente se inclina y extiende las manos. Casi siempre las toca. Las manos extendidas y el jefe tocándolas una tras otra. Eso produce una sensación muy buena. Él te mira a los ojos y tú piensas que harías todo lo que él te pida. Cuando él me mira así no puedo resistirlo. Me siento tan bien que tengo que bajar los ojos y mirarme los pies.

Él está loco por mí. Se le nota el deseo en su mirada. Lo cierto es que él se tiraría todo lo que se mueva. Con él no sirve decir "no

tengo ganas" o "tengo dolor de cabeza", porque con eso solo consigues que te pegue y al final haga lo que quiera. Ni se te ocurra. De todos modos tienes que ceder. Es decir, que cuando a él le apetece, a ti también. Por suerte a mí me gusta hacerlo con el jefe. Pero, a quién no? De todos modos, no le importa lo que yo haga cuando estoy sola mientras no quede preñada. Con los segundones no es tan divertido hacerlo. Sin embargo, hay que hacerlo, porque si te miran y no sales ahí mismo corriendo para donde ellos, te golpean fuerte. A esos segundones solo les interesa una cosa.

Una vez, cuando el jefe no está, no me provocaba hacerlo; pero ese segundón coge una piedra o un palo y yo tengo que ceder. Todos son iguales. Si no te dejas, se ponen furiosos. Esos segundones se creen importantes. Se imaginan que valen mucho. Piensan que pueden conseguir todo lo que quieren.

Cuando el jefe está aquí, a veces les permite que lo hagan, y otras no. Cuando se va de patrulla, dejamos que los chicos que nos

gustan nos hagan algo. Nunca se sabe: uno de ellos podría algún día subir de categoría. Incluso uno de ellos podría llegar a ser jefe. Pero cuando el jefe está mirando y no quiere que hagamos nada, ni siquiera miramos a los segundones. Nosotras sabemos cómo comportarnos.

Sabemos dónde estamos. A los segundones hay que acariciarlos mucho. A veces necesitan un abrazo o un beso. A veces necesitan más. Así no están tan gruñones. Si una les cae bien, los otros te tratan mejor. Me entiendes? Antes de tener mi bebé lo hice con diez, con quince segundones uno tras otro. Todos impacientes por echárseme encima.

El jefe, cuando se pone tenso, me basta con acariciarle un poco para que olvide sus preocupaciones. El jefe me trata muy bien. En una ocasión, el bebé nos estaba mirando mientras lo hacíamos y quiso separarnos, se encaramaba sobre él y empezaba a darle al jefe con sus manitas. Pero el jefe ni siquiera lo toca. Le hace mucha gracia eso. No le hace nada a mi bebé. A mí no me pega.

Araña y el Sany son segundones muy respetados. No tanto como el jefe, pero casi. El Sany es el hermano del jefe. También a él le gusta un poco. Sany sale de patrulla por la noche y se va lejos, donde acaba nuestro territorio. Hay una banda que tiene su parche

al otro lado. Son Los Forasteros. A veces nos atacan. Los Forasteros no nos gustan. Cuando nuestros machos ven a Los Forasteros, se ponen furiosos. Cuando los Forasteros vienen, se llevan su merecido. Los agarramos y los hacemos trizas. Nuestras patrullas se encargan de protegernos a nosotras y a nuestros bebés de Los Forasteros.

En una ocasión todo el mundo estaba muy tenso. Me olí que habría problemas. Yo y el bebé estábamos asustados. Estábamos abrazados muy fuerte el uno al otro. Llegan unos cuantos Forasteros apartando a todo el mundo. Buscan hembras y pelea. Quieren romperlo todo. Pero el jefe les da su merecido. Salta sobre ellos y antes que Araña y el Sany puedan intervenir, el jefe casca a los Forasteros. Los forasteros se van corriendo. Si se quedan un poco más, los mata. Pero lo mejor fue que antes de que acabara todo, se me acercan a mí y al niño el Jefe, Araña y el Sany, y a todas las demás. El jefe me pone la mano en el hombro. Me toca la mejilla. Me da un beso. El jefe, me gusta.

Lo que no le dejaría hacer al Jefe es tocar a mi niño. Hasta aquí podría llegar. Nadie tocará a mi niño. Cuando salimos los dos para buscar algo que comer y veo a mi niño que me mira desde el suelo, sé que antes moriría que dejar a alguien hacerle daño. También él piensa lo mismo de mí. Cuando los machos, incluso los grandes me amenazan, mi niño viene e intenta protegerme. Ellos le respetan

cuando le ven hacer eso. Claro que lo único que tiene es a su madre, como todos los demás niños de la banda. Si yo no lo protejo, ¿quién lo hará?

Cuando los machos se cabrean todo va mal para todos, especialmente para las hembras y los niños. Una tiene que esforzarse mucho para calmarlos.

A mi niño lo único que le interesa es la banda, que lo respeten y poder salir a patrullar.

Todavía es demasiado pequeño, pero ya le llegará su hora. Él haría lo que fuera para que el Jefe le diera una palmadita. A mí también. Me gusta cuando el Jefe me toca la mano.

Y cuando los jóvenes se pelean, él los para. Los mira de una manera que dice «quietos ya!». En la mayoría de las ocasiones le basta con mirarlos y los pelaos se calman. Los mayores saben hasta dónde pueden llegar. Siempre están amenazando.

Sin embargo, nadie se hace mucho daño, si no es un Forastero. Pero los que son realmente jóvenes, no saben distinguir. Cuando ya tienen una cierta edad, puede hacerse mucho daño. No quiero que algún imbécil que no sabe la fuerza que tiene le haga daño. El Jefe se ocupa de impedirlo.

Cuando los tipos me dejan tranquila, paso todo el tiempo con mi hermana, mis amigas, mi hija mayor. Nos vigilamos. Nos demostramos respeto. Yo no sería nada sin ellas.

Relato de un segundón

Me gusta una vagina estrecha, como a todo el mundo. Pero lo que realmente me enloquece es pelear. Cuando uno va de patrulla tiene que avanzar muy callado. Hay que estar preparado para actuar. Los Forasteros pueden estar en cualquier rincón. La noche es lo más emocionante. Si agarramos a un Forastero, se acabó. Los Forasteros se meten donde no los llaman y tienen su merecido. El Jefe ya no sale patrullar. En los viejos tiempos, antes de que el Jefe tomara el mando, salíamos de patrulla él, yo y el Sany. Era magnífico. Estos Forasteros vienen aquí a robarnos territorio y a culearse a nuestras hembras.

A algunas de las nuestras, las más jóvenes, no les importa mucho, les gusta echarse un polvo rápido con los Forasteros. Pero a nosotros, los Fuertes, sí nos importa. Los Forasteros nos son como nosotros. Si no vamos con cuidado nos van a liquidar uno por uno. Son rápidos y además no hacen ruido. Cuando no podemos atraparlos, a veces les tiramos piedras. Somos muy buenos tirando piedras. Me subo a un lugar donde no puedan verme y los dejo listos con unas cuantas rocas; les aplasto el culo, pero ellos no me pueden contestar. Los Forasteros mejor que no se metan conmigo.

Sin embargo, hay que ir con cuidado. El jefe viejo, el que mandaba antes de este jefe, había

salido en una ocasión a perseguir Forasteros. Cuando salió, algunos de los segundones agarraron a su amiga, a esa que se fue con él de luna de miel. Se la llevaron para los matorrales. Allí intentaron echarse un polvo con ella. A ella no es que le importe. Cuando el jefe volvió, ya no lo respetaban tanto. Cuando a uno le gusta una hembra en serio, todo se complica. Especialmente si uno quiere ser jefe.

Pero con él todo acabó bien. Cuando el nuevo jefe tomó el mando, el viejo jefe se dedicó en forma a culear. Ahora tiene el pelo gris, pero es feliz.

A veces aparece una de aquellas Forasteras moviendo el culo por ahí, joven y tierna, buscando un poco de emoción. Está buenísima, no te parece? En cuanto a mí, prefiero culeármelas que matarlas. Pero algunos de los compañeros no saben contenerse. No les gusta tener a Forasteros por aquí. Sin embargo, a veces una de esas Forasteras se le pega a uno de los de aquí, y antes de que cualquiera se dé cuenta ya la ha metido en nuestro combo.

En nuestra banda todo el mundo sabe el lugar que le corresponde. Especialmente las hembras. Siempre hacen lo que se les dice; de lo contrario..... A veces, ellas tratan de hacerle creer a uno que no quieren, pero no es sino darles unas buenas bofetadas y listo. La verdad es que basta con echarles

una mirada y ya les tiembla el culo. Se ríen, te miran a los ojos y comienzan a gemir. Casi siempre te piden el favor que se lo hagas.

Después del Jefe, lo que yo digo es casi siempre lo que se hace. Yo soy uno de los grandes. Aparte del Jefe, apenas nadie me dice nada. Claro que de vez en cuando necesito ayuda de los demás parceros.

Cuando hay bastante de comer y no hay Forasteros por aquí, todo el mundo se tranquiliza. Los parceros se calman. Cuando llega la tarde, a todos les entra el sueño, ya sabes, y se duermen. No hay peleas entonces. Pero si la calma dura demasiado, te entran ganas de salir de patrulla.

Yo voy subiendo de categoría. No estoy por casualidad en el número dos. Pero tengo muchas ganas de que me respeten.

Nos llevamos bien. Yo le ayudo. Él me ayuda. Él me rasca la espalda, yo rasco la suya. ¿Sabes a qué me refiero? Estoy muy próximo a él, más próximo que nadie, o quizá la araña. Pero en una ocasión se puso furioso conmigo por no demostrarle suficiente respeto. Piensa que va a enseñarme modales. Tuvimos una gran pelea. Muchos parces más se metieron en ella. Estallaron más peleas. Saltaron más amigos. Quizá estaban ayudando a su hermano o quizá se han puesto nerviosos al verme pelear al Jefe y a mí. Los que están peleando piden ayuda a los que están

mirando, pronto todo el mundo está peleando. Pero el Jefe no mira a nadie más, sólo a mí. Y me da un palizón. Luego empieza a calmar a todo el mundo.

Tuve que mostrarle respeto. Demostró que era un Jefe auténtico. Pero me pegó delante de todos. Uno de estos días voy a tener que actuar. Me ha tratado bien. Pero quiero quitármelo de encima. Algún día voy a tirarlo por los suelos.

Pero de momento, el Jefe, araña y yo tenemos que estar unidos. Algunos de los jóvenes se están poniendo inquietos.

Este relato, pudiera ser el resultado de una entrevista sostenida por los autores con cualquiera de los protagonistas del documental de televisión. Sin embargo, está tomado de un libro

que se publicó hace más de 15 años, cuando la mayoría de los protagonistas del mismo ni siquiera habían nacido. Se trata de un intento del autor, por explicar la vida en un grupo de chimpancés africanos, vista por dos de los miembros de dicho grupo de primates.

Impresiona descubrir las similitudes en el modo de vida de ambos grupos, pese a la distancia genética que nos separa.

Cabría preguntarse hasta qué nivel puede degradarse la existencia humana, cuando se vive por debajo de los límites de la pobreza, de la pérdida de dignidad y del total sometimiento a poderes irresistibles?

Les deseamos a todos un año 2006 lleno de buenas realizaciones y éxitos profesionales